

Una historia total de la lucha por la libertad humana*

Sergio Gálvez Biesca

Doctor en Historia Contemporánea

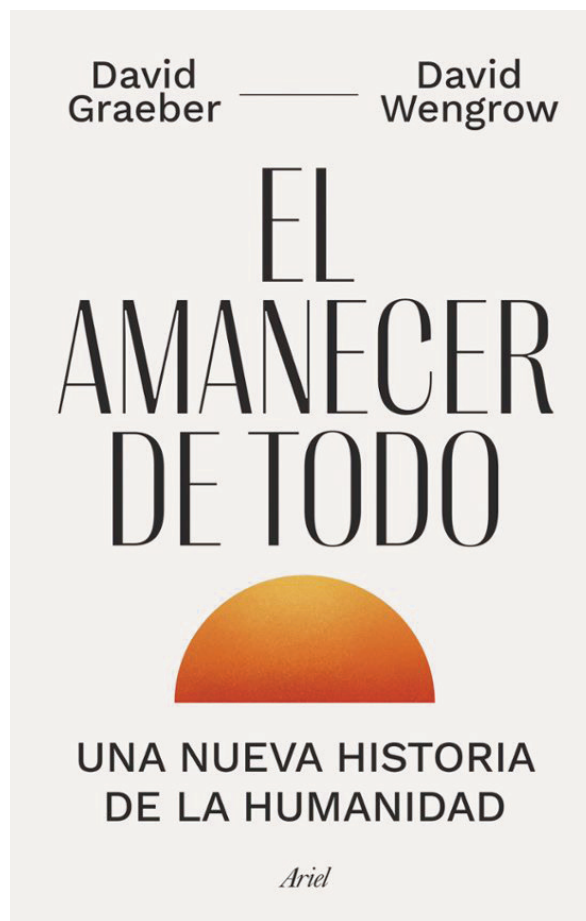
Mucho antes de que se publicara este superventas (11 ediciones y más de 30.000 ejemplares vendidos en España) Vasili Grossman sentenciaría en *Vida y destino*: «La aspiración innata del hombre a la libertad es invencible; puede ser aplastada pero no aniquilada [...]. El hombre no renuncia a la libertad por propia voluntad»^[1].

De esto mismo trata el libro: cuándo y por qué renunciamos a la libertad. Y lo que no es menor, cuál ha sido nuestra contribución como científicos sociales a legitimar dicha visión: «La mayoría de las personas que escriben sobre la historia a gran escala parece haber decidido que, como especie, estamos bien estancados, y que no hay huida posible de las jaulas institucionales que nos hemos creado» (p. 616). Una tesis también compartida por otro libro de enorme difusión como ha sido el de Yuval Noah Harari con *Sapiens*^[2].

*Reseña de: David Graeber y David Wengrow, *El amanecer de todo. Una nueva historia de la humanidad*, 6ª ed., Barcelona, Ariel, 2023, 848 págs. Trad. Joan Andreano Weyland

1.- Vasili Grossman, *Vida y destino*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007, pp. 1111. Cabe recordar que Grossman terminó de escribir este clásico universal en 1960. Traducción de Marta-Ingrid Rebón Rodríguez.

2.- Yuval Noah Harari, *Sapiens. De animales a dioses*, Barce-



Antes de argumentar las razones por las que este libro debería figurar en la librería de cualquier historiador (y además si

lona, Debate, 2014, pp. 496. T

es marxista ya está tardando) es necesario hacer tres apuntes. Primero, lees el título, observas la portada y piensas que te encuentras ante una obra de y para evangelistas o cualquier otro tipo de secta similar. Afortunadamente ha funcionado el boca a boca: una garantía ante cierto sectarismo preventivo. Leído y apuntado el libro de principio a final: no es apto para masculinidades tóxicas y seguras de sí mismas. Pues una de las grandes virtudes de la presente monografía es darle una vuelta total al mayoritario consenso historiográfico occidental sobre la evolución humana. La cada vez más cuestionada visión eurocéntrica. Y el tercer apunte tiene que ver con algo tan sencillo como que esta obra debería haber sido escrita por marxistas y, sin embargo, tenemos a un antropólogo norteamericano y anarquista como Graeber y un arqueólogo británico como Wengrow que atizan en la buena dirección, pero con argumentos poco armados, a buena parte de las tesis marxistas primigenias.

El libro ha alcanzado tal éxito —y en ello mucho ha ayudado su excelente traducción al castellano— que tiene hasta una entrada en Wikipedia^[3]. Lo que nos facilita a internarnos en lo que de utilidad puede tener para los científicos sociales marxistas: 1. La imperiosa necesidad de superar el discurso historiográfico mayoritario o como señalan los autores la *narrativa histórica estándar* (p. 24); 2. La crítica al determinismo histórico. 3. La urgencia de remozar nuestro lenguaje histórico.

El principal punto de debilidad de las historias globales se localiza en la necesidad de contar desde el minuto cero de la humanidad hasta el antes de ayer y además sin pringarse demasiado en debates teóricos y menos

ideológicos. Justo lo contrario de lo que se propone en este libro: todos nuestros análisis están contaminados desde el siglo XVIII, o inclusive antes de la Ilustración, al calor de la influencia de lo aportado por pensadores como Rousseau (quien sale malamente parado capítulo tras capítulo) Hobbes, Turgot, Locke... No nos valen o, mejor dicho, ni siquiera deberían ser un punto de inicio válido de interpretación si queremos superar la mencionada *narrativa estándar*.

Extendiendo, a su vez, la crítica a todas y cada una de las corrientes antropológicas que han contribuido a la teórica superioridad de la visión occidental. «¿Ha mejorado realmente «la civilización occidental la vida de todo el mundo»?», se preguntan al final del primer capítulo. A partir de aquí, se agradece la labor titánica de los autores por llevarse por delante todo el esquema clásico del marco evolucionista de la historia humana, a través de decenas de ejemplos sustentados en los últimos avances arqueológicos.

En términos analíticos lo más interesante es la crítica indigenista a la visión europea y norteamericana sobre la libertad. O, mejor dicho, sobre la historia de la igualdad hasta convertirse en su anverso: la historia de la desigualdad hasta naturalizarse como el único camino posible de evolución.

En la temprana fecha de 1884 Engels se preguntó por el preciso instante en que algún Homo Sapiens Sapiens se apropió de algún objeto de la naturaleza. Momento en que se empezó a torcer la historia de la humanidad^[4]. Así pues, el gran mérito de esta obra es intentar poner fecha al conjunto de momentos discontinuos que posibilitan trazar el inicio de la historia de la desigualdad, así como sacar del anonimato a los perpetradores y victimarios de este episodio histórico que todo lo cambió.

3.- «El amanecer de todo: Una nueva historia de la humanidad», *Wikipedia*, https://es.wikipedia.org/wiki/El_amanecer_de_todo:_Una_nueva_historia_de_la_humanidad (consulta 2 de noviembre de 2025).

4.- Friedrich Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, 1ª edición de 1884.

El libro también sirve como guía de viajes a través de civilizaciones conocidas y la mayor parte desconocidas para cualquier europeo medianamente informado. Con otro punto a su favor: desmontar el clásico punto de arranque de todas y cada una de las civilizaciones en Mesopotamia y, de este modo, equilibrar la contribución de pueblos indígenas como los yanomami para entender algo tan básico como la lucha por la libertad y la autonomía de sus modelos de existencia. Ya es hora de ensanchar nuestros horizontes temporales y geográficos y de paso adquirir un poso esencial sobre los avances arqueológicos de estas tres últimas décadas.

El amanecer de todo evidencia que no necesariamente deberíamos haber terminado viviendo en este estado de desigualdad estructural tan propio del sistema capitalista. Dos reflexiones de calado al respecto: primero, estamos ante una obra que destroza cualquier posible determinismo historicista y que tal como afirmó Paco Erice —en el que es uno de los mejores libros de estas últimas décadas— constituye uno de los buhos menos desmentidos acerca del análisis histórico de Marx^[5].

La Historia —sí, con la «H» en mayúscula— no es una sucesión de etapas marcadas por leyes, con un orden y una sucesión en fases claramente identificables. El mejor ejemplo es cuando se presenta la agricultura como el actor histórico *presuntamente* culpable del inicio de esta historia de la desigualdad o de la palabra maldita «propiedad privada»:

«Está claro que ya nadie usa frases como Revolución Agrícola a la hora de enfrentarse a procesos de una duración y complejidad tan desmedidas. Y dado que no hubo nin-

gún estado endémico inicial desde que los primeros agricultores pudieran dar sus primeros pasos en el camino a la desigualdad, tiene inclusive menos sentido hablar de la agricultura como culpable de los orígenes de la jerarquía social de la desigualdad y de la propiedad privada» (pp. 308-309).

En este preciso punto nos gustaría dejar constancia de que pudiendo compartir ampliamente las conclusiones, otra cuestión radicalmente diferente es el camino recorrido hasta las mismas: las hipótesis de trabajo que sustentan el marco teórico y metodológico propuestos resultan, en ocasiones, demasiado forzadas ante hechos tozudos, aunque los autores también son conscientes de estas limitaciones y así lo dejan explicitado. En cualquier caso, debe tenerse presente que no se trata de una monografía académica al uso sino de un libro de difusión.

Obligado es compartir el llamamiento a «hacer mejores preguntas» (p. 603). A alejarse del tradicional marco repleto de prejuicios con el que iniciamos cualquier investigación o la simple pregunta de cómo hemos llegado hasta aquí. A despegarnos de la «afinidad espontánea con la versión trágica de la historia». A salirnos del canal por el que ha transcurrido la teoría social mayoritaria desde el siglo XIX. A desligarnos de ese bucle indefinido que trata de auto vincularnos a formar parte del «progreso de la civilización occidental [que] hace inevitablemente más feliz, más rico y más seguro a todo el mundo» (p. 604). Tremendo error:

«No explica por qué la civilización no se expandió, sencillamente, por propia voluntad, es decir, por qué las potencias europeas se habrían visto obligadas a pasar los últimos 500 años, aproximadamente, apuntando armas a la cabeza de las personas para obligarlas a que la adopten» (pp. 603-604).

5.- Francisco Erice, *En defensa de la razón. Contribución a la crítica del posmodernismo*, Madrid, Siglo XXI, 2020. Obra reseñada por el autor en *Segle XX: Revista Catalana d'història*, nº 14 (2021), pp. 279-282.

O expuesto también con las propias palabras de los autores: a evitar la «trampa evolucionista que damos por sentado que debe llevar, inevitablemente, de la agricultura al surgimiento de algún Estado o imperio todopoderoso, sino que, al hacerlo, [los indígenas norteamericanos] desarrollaron sensibilidades políticas que acabarían teniendo una enorme influencia en los pensadores de la Ilustración [...]» (p. 601).

La última utilidad que se ha de extraer de este libro es repensar radicalmente el lenguaje con el que analizamos nuestro ecosistema y abordamos la reconstrucción de lo histórico. En esta senda, existe un #error del sistema cuya peligrosidad desconocemos y/o ignoramos deliberadamente y que nos inhabilita para repensar el futuro. Nos referimos a lo que denominan el «lenguaje imperial, y el lenguaje implica ya una explicación, incluida una justificación». Para, a continuación, atizar con toda la necesaria crueldad la influencia «del Derecho Romano» (p. 622).

Lo anterior, de forma directa, nos traslada a cómo se ha construido la teoría social en la que nos vemos reflejados de una u otra forma. Hasta el extremo de cómo la «ciencia social ha sido en gran parte un estudio de las maneras en que los seres humanos no son libres: el grado en el que, se puede decir, nuestras acciones y nuestro entendimiento han sido determinados por fuerzas más allá de nuestro control» (p. 610). A eso se refieren cuando hablan de hacer frente a la *narrativa única* a la par que calibrar la palabra *sentido común*. A modo de ejemplo: «Palabras de este tipo (como *civilización*) están tan lastradas con una mochila histórica que la mayoría de los arqueólogos y los antropólogos retroceden instintivamente ante ella y los historiadores tienden a limitar su uso a Europa» (p. 638).

Las seiscientos cuarenta y una páginas que conforman el cuerpo central de la obra

deben leerse con una mentalidad lo más abierta posible. ¿Por qué? Sus enseñanzas son esenciales para nuestro negociado: la elaboración de argumentos sólidos desde el materialismo histórico para reconstruir el pasado con vistas a transformar nuestro presente vivido bajo condiciones nuevas y socialmente justas.

Un último apunte acerca de la potencialidad de lo escrito por Graeber y Wengrow es el de sacar de los márgenes de la Historia el papel que ha jugado, a lo largo de miles de años, la política de cuidados, así como su anverso, los orígenes y la dominación del patriarcado. Lo que ahora sí nos permite esbozar dos ideas-fuerza claves a modo de cierre. La primera es volver a repensar: «¿cómo nos quedamos atascados en una forma de realidad social, y cómo acabaron relaciones basadas, en última instancia, en la violencia y la dominación normalizadas en esa realidad social?» (p. 634). Regresar a los orígenes de la Revolución Industrial y quedarnos en el continente europeo ya no es una opción interpretativa válida.

Este libro nos invita a imaginar futuros posibles desde una Historia que nunca fue lineal, lo que conecta con otra idea-fuerza a incorporarse en nuestra agenda de mañana mismo: la obligación político-ética para quien militamos en el materialismo histórico de formar parte, tal y como nos invitaba Josep Fontana, del «proyecto social en el que el historiador inscribe su tarea»^[6]. En paralelo debemos seguir con la tarea de resignificar políticamente la palabra «utopía»^[7] como nos pidió Fernández-Buey en una de sus últimas obras.

De modo que para afrontar estas tareas convendría grabarse a fuego las siguientes palabras de Graeber y Wengrow:

6.- Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, p. 9.

7.- Francisco Fernández-Buey, *Utopías e ilusiones naturales*, Barcelona, El Viejo Topo, 2007, pp. 336.

«Si algo fue terriblemente mal en la historia de la humanidad [...] tal vez comenzó a ir mal precisamente cuando la gente empezó a perder la capacidad de imaginar y representar otras formas de existencia, hasta el

punto que hoy en día hay quien cree que este tipo de libertad, en particular, nunca existió o apenas se ejerció durante buena parte de la historia de la humanidad» (p. 614).